



EL PRESBITERO
D. JUAN RAMON ESCOBAR PALMA

POR

J. LUIS FERNANDOIZ C.

(Profesor de Religión del Instituto Nacional)

El señor Rector del Instituto Nacional, en el deseo de tributar un pequeño homenaje, con ocasión del Centenario de este establecimiento, al que fué benemérito profesor de Religión del mismo Instituto, el Presbítero don Juan Ramón Escobar Palma, injustamente olvidado, me pidió que trazara algunos rasgos biográficos que dieran a conocer la eminente personalidad de este notable sacerdote y educacionista; y, accediendo gustoso a tan laudable deseo, solicité de los que le conocieron y trataron, informaciones sobre su vida y su obra; las cuales me dejaron tan prendado del señor Escobar, que escribo, bajo la impresión de que voy a esbozar el retrato de una gran figura moral.

En la imposibilidad de entrar en detalles, por la falta de muchos datos precisos y por el poco espacio que necesariamente deben ocupar estas líneas, me limitaré a poner en

relieve los perfiles más salientes de esta simpática figura, que será la admiración de todos y puede ser de muchos saludable ejemplo.

Nació el señor Escobar en Limache, por los años de 1835, e ingresó en 1846 al Seminario de Santiago, donde cursó brillantemente sus estudios de humanidades y de ciencias eclesiásticas, teniendo por compañero de clases y por digno rival en talento y aplicación al que, por renuncia suya, habría de ser más tarde gran arzobispo de Santiago, don Mariano Casanova, con quien bravamente se disputaba todos los certámenes y premios del año escolar.

De carácter franco, bondadoso y leal, que se retrataba en su fisonomía alegre y expansiva, fué querido de compañeros y maestros, y nunca tuvo envidiosos ni enemigos.

Temperamento admirablemente equilibrado, ni lo ensoberbecieron los triunfos ni lo abatieron los reveses; y adquirió y mantuvo tal influencia entre todos sus colegas, que, como cuentan los pocos sobrevivientes, era el único a cuya insinuante palabra se acallaban las protestas levantadas a veces en todo el curso, por ciertos castigos generales, más frecuentes que ahora en aquellos acaso más dichosos tiempos de férrea disciplina escolar.

Aún antes de ordenarse de presbítero y antes de terminar sus estudios de Teología, fué profesor suplente de importantes asignaturas en el mismo Seminario, y, apenas ordenado, tomó a su cargo las cátedras de Filosofía y Física, que regentó con singular competencia y durante cerca de diez años, hasta que, por divergencias en la manera de apreciar la formación de los futuros ministros de la Iglesia, hubo de abandonar el Seminario, para no volver a él, sino mucho más tarde, y en calidad de simple visitante.

La nueva orientación que, con motivo de este retiro, tomaron sus tareas en la enseñanza y en la práctica del ministerio sacerdotal, vino a revelar en la vida del señor Esco-

bar Palma, una nueva y hermosa faz, si no la más brillante, sin duda alguna la más benéfica y atrayente.

Desde principios del año 1868 ingresó al profesorado del Instituto Nacional, primero como suplente del señor Casanova en la clase de Religión, y luego como sucesor propietario del mismo en igual asignatura, y ya desde entonces hasta su muerte, ocurrida veinte años después, no dejó de consagrarse a la difícil tarea a cuyo servicio puso, con abnegación y desinterés sin límites, todo su gran talento, toda su inmensa bondad, y todos los esfuerzos de su alma de apóstol de la juventud.

El señor Escobar poseía en alto grado el don de gentes; de modo que, sin esfuerzo alguno, apenas llegado al Instituto supo conquistarse todas las voluntades. Sinceramente respetuoso con sus superiores, deferente y leal con sus iguales, afable y generoso con sus inferiores, especialmente con sus discípulos, franco, tolerante y cortés con todo el mundo, su misión educadora fué para él más fácil que para cualquiera otro, pues encontró siempre allanadas todas las dificultades, y abiertos todos los corazones al suave influjo de su amable trato y conversación.

Sus alumnos le querían de veras, como saben querer los niños al profesor que logra penetrar hasta el alma, sencilla pero compleja, de la multitud estudiantil. Comprendieron desde el primer momento que tenían ante ellos, no un maestro vulgar con el solo oficio de desparramar ideas para que pescara el que pudiera, con el mayor esfuerzo y en el menor tiempo posible; no un hombre vencido por la tarea, sin entusiasmo, descorazonado, que da vueltas a la rueda obligado por el destino; no un duro representante de la disciplina, ávido y terco y sin entrañas, como ella; sino un verdadero maestro que, uniendo a la ciencia la prudencia y la bondad, hacía amables los principios y las verdades que deseaba inculcar; un verdadero padre, que, sin desmedro de la dignidad y del respeto, disculpaba errores, perdonaba ligerezas, ahorra humillaciones y confortaba desalientos; un amigo que lle-

gaba hasta el corazón de la niñez y de la juventud, para estudiar con amor en sus misteriosos repliegues el secreto de la formación intelectual y moral de cada uno de sus educandos.

Tocáronle al señor Escobar, en el Instituto, tiempos buenos y tiempos difíciles: rachas de la tormenta social y política que agitó en aquella época a todo el pueblo, soplaron airadas en los muros del clásico colegio nacional, penetraron por sus puertas y alcanzaron a levantar peligrosa polvareda en las mismas aulas; pero él piloto estaba alerta, había previsto la tempestad y, ora arrostrando enérgicamente la ola que venía, ora esquivando con tino el obstáculo, según lo dictara la prudencia, supo salvar todos los escollos, contando siempre con la aprobación de sus jefes, con la estimación de sus colegas y con el cariño de sus queridos discípulos.

Este amor por sus alumnos, y en general por la juventud estudiosa, fué tan vivo en el señor Escobar y tan generoso, que, me atrevo a decirlo, no creo que haya sido superado, ni siquiera igualado por nadie, entre nuestros educadores de profesión.

Y para que se vea que no exagero, voy a trasladar aquí, casi a la letra, los recuerdos de uno de los protegidos del eminente maestro. Como yo le pidiera datos sobre el señor Escobar y su obra, se expresó más o menos en la siguiente forma:

—«Sí, señor, lo conocí mucho, fué mi protector, viví a su lado más de cuatro años, lo quise como a mi padre, y conservo de él tan grato y tan vivo recuerdo, como si lo hubiera perdido ayer. Es de advertir que lo mismo lo queríamos todos...

—¿Tenía también otros protegidos?

—¡Ah, señor! Esa fué siempre su familia: los estudiantes pobres y de provincia. Mantenía en su casa, desde el desayuno hasta el té de la noche, a diez o doce muchachos, hombres entonces muchos de ellos, que cursaban humanidades o leyes o medicina; y a los que no cabían en su casa, les pagaba pieza en pensiones elegidas por él mismo.

— ¿Todo a su costo?

— Absolutamente todo.

— ¿Eran sus parientes próximos?

— Ni siquiera remotos. Generalmente eran para él del todo desconocidos, hasta el día en que, por una circunstancia o por otra, los tomaba generosamente a su cargo. Para que Ud. se forme una idea de ese gran corazón, de ese apóstol, de esa providencia de los estudiantes de aquel tiempo, le contaré mi propio caso:

Llegué de provincias a cursar leyes en la Universidad; sin relaciones, sin dinero, sin empleo, apenas podía vivir escasamente en una mala pensión de quince pesos mensuales, y como no tenía ni para libros, me iba todas las tardes a la Biblioteca a preparar mis lecciones del día siguiente. El señor Escobar hacía clase de Derecho Canónico; y como observara que yo le daba la lección sin ver el libro, un buen día me llama, al salir de clase, y tiene conmigo el siguiente diálogo:

— ¿Tú te llamas A? (Siempre tuteaba a todos sus alumnos).

— Sí, señor.

— Me he fijado que me das bien las lecciones, y sin ver el libro.

— Sí, señor; no tengo libro.

— Bueno y ¿cómo estudias?

— En la Biblioteca, señor.

— Muy bien; ¿dónde vives?

— En Maestranza, número tantos.

— Perfectamente. A las once y media vas hoy a mi casa que tenemos que hablar.

No falté, por cierto, a la cita, y una vez en su presencia me dijo:

— Mira, tú vives muy lejos y te va a costar mucho seguir tus estudios; y como quiero que seas un mozo aprovechado, vente a almorzar y comer conmigo todos los días. Aquí almorzamos a las once y media y comemos a las seis y media. Ese traje está muy malitó; vas a llevar esta tarjeta a la sastretería tal, para que te hagan dos, uno de diario y otro para

los domingos. Si, pues, hombre, porque hay que trajearse, aunque el hábito no hace al monje. Anda también a tal parte, y escojes un sombrero y un paraguas—¡a, quién se le ocurre no tener paraguas en el invierno!—y a la zapatería tal, y elijes un buen calzado, bien sólido (e iba escribiendo y pasándome tarjetas). En una palabra, me vistió de pies a cabeza, me hizo dar ropa de cama, los libros que me faltaban, y finalmente diez pesos en dinero, agregando por toda conclusión:

—«Al hombre no le han de faltar nunca ocho reales en el bolsillo».

Desde entonces viví a su lado y fui testigo de todas las generosidades y de las bondades inagotables de este hombre extraordinario, que era un sabio y un santo.

Nos trataba a todos como a sus hijos, y éramos en su casa dueños de cuanto había. En el comedor se charlaba con tal confianza, que parecíamos una sola familia. El era allí «presidente de la cámara chica», como él mismo se llamaba, y todas las semanas teníamos discusiones sobre cuantas materias de actualidad se ventilaban entonces en el país; pero no faltaban tampoco algunas tan sabrosas como éstas:

—Vamos a ver: mañana es Domingo: ¿qué se almuerza? Propongo cazuela de ave y empanadas de horno, decía el señor Escobar.

—No, señor, está bueno con cazuela de cordero, por razones de economía.

—Hay suplementos en el presupuesto. Ayer cayeron diez pesos por un sermón.

—Entonces que sea de ave.

—A ver, en votación.

—De ave, señor.

—Y con empanadas.

—De cordero.

—De cordero.

—De avel, de avel, de avel votaban todos los demás, por

aclamación; y entonces el señor Escobar, con profundo convencimiento y gran solemnidad, exclamaba:

—¡Se amoló la minoría! Mañana habrá cazuela de ave y empanadas. Se levanta la sesión.

¿Tenía el señor Escobar alguna fortuna que le permitiera subvenir a tan crecidos gastos como le demandaba su extraordinaria generosidad? Si la tuvo, la consumiría en los primeros años; porque, en la época a que me refiero—desde 1868 hasta 1888,—no contaba sino con el fruto de su trabajo, es decir, las clases fiscales y particulares, la predicación y su capellanía de Peñalolén. Con un trabajo abrumador, que no perdonaba ni las horas de la noche, conseguía reunir una renta de 600 a 700 pesos mensuales—muy buena para aquel tiempo—, los que se consumían íntegramente en los menesteres domésticos, como lo prueban con suficiente elocuencia algunos decretos de anticipo de 300 y de 500 pesos, que le hizo el gobierno para ir descontándolos mensualmente con el 25 % de su sueldo del Instituto.

Sus viajes a Peñalolén los hacía los domingos y días festivos, saliendo a las siete de la mañana, en coche, desde su casa de la Avenida de las Delicias, cerca de San Francisco, hasta la Capilla, a donde llegaba cerca de las nueve. La renta de esta capellanía se la formaban los mismos feligreses, con erogaciones voluntarias que iban depositando en una alcancía de la misma capilla; erogaciones que subían algunos domingos a treinta y más pesos; sin embargo, volvía siempre a Santiago con menos dinero del que llevaba. Dentro de su gran caridad, la explicación es bien sencilla: de vuelta, el coche venía haciendo pequeñas y numerosas estaciones, porque de la mayor parte de las casitas diseminadas a lo largo del polvoriento camino, salían los pobres con pequeños obsequios de verduras, frutas, huevos, pollos, etc., que eran indefectiblemente retornados con el doble o triple de su valor en dinero; pero él sonreía feliz, mientras el estudiante que o acompañaba veía asombrado que unos cuantos huevos,

unas pocas lechugas y dos o tres pollos—que ellos se comerían en un día—salían costando cincuenta pesos.

Y ya que he preferido estas notas gráficas para pintar las grandes cualidades de este sacerdote ilustre, permítaseme un detalle que vale por un capítulo:

El cochero que durante tantos años lo llevó de Santiago a Peñalolén, vive todavía y ejerce su modesto oficio; y cada vez que divisa en la capital a alguno de aquellos felices jóvenes—que hoy ya peinan canas—protegidos del señor Escobar, les dice sencillamente:

—Suba, patróncito.

Y comienza con ellos, riendo y llorando a un tiempo, a recordar a su patrón don Juan, el gran patrón, el santo patrón, tan bueno, tan caritativo, tan generoso... Y al pobre viejo se le caen las lágrimas; y llegado el término del viaje, jamás recibe un centavo del patróncito; porque se considera de sobra pagado con la oportunidad que éste le da para dedicar un recuerdo de cariño al común padre y amigo. ¿Cuántos después de su muerte mantendrán afectos tan profundos en corazones de extraños?

Allá por el año 82 estuvo a punto de ser colocada en el candelero esta modesta pero vivísima luz, que esparcía sus benéficos rayos en la penumbra; y aunque existe aquí una laguna que acaso nunca llenará la historia, puede afirmarse que el señor Escobar no fué Arzobispo de Santiago solamente porque no quiso.

Desde la sentida muerte del Illmo. y Rdmo. señor Valdívieso estaba gobernada la Iglesia de Santiago, en sede vacante, por el Vicario Capitular Illmo. señor Larraín Gandarillas, y en los cuatro o cinco años que ya iban corridos, aun no habían podido ponerse de acuerdo el Gobierno de Chile y la Santa Sede sobre el candidato para el Arzobispado. Quiso el Gobierno que fuera preconizado el señor Taforó, pero no fué aceptado por la Santa Sede, por razones canónicas y de

bien entendida política eclesiástica. El conflicto estaba producido, con todas las dolorosas incidencias ya conocidas.

En estas circunstancias, y deseando seguramente el gobierno de Santa María presentar un candidato que, sin tener vínculos demasiado estrechos con el Ilmo. señor Larraín Gandarillas,—cuya política no era grata a Santa María,—no pudiera tampoco ser desaprobado por la Santa Sede, en vista de sus cualidades eminentes, se fijó en el señor Escobar como el más a propósito para ser el puente de la concordia entre ambos poderes.

Hubo una larga conferencia entre Santa María y el señor Escobar; y de ella salió ungido este último como candidato al Arzobispado de Santiago. El ilustre maestro aceptó ser presentado para el alto cargo, venciendo su innata modestia, en consideración al estado anormal de la Arquidiócesis y a la ruptura de relaciones que esto había traído entre el poder civil y el eclesiástico.

Pareció por un momento que la ya prolongada y dolorosa escisión tocaba a feliz término, con el aplauso general, cuando he aquí que, después de una nueva extensa conferencia del señor Escobar con el Presidente de la República, absolutamente reservada, don Juan comunica a sus íntimos que ha renunciado la candidatura, y que las cosas quedan como estaban antes de su primer llamado.

¿Qué pasó en aquella segunda entrevista? ¿Por qué razones aquel hombre que amaba tanto a la Iglesia y a su Patria, que tan enorme sacrificio había hecho por la paz y la concordia, volvió sobre sus pasos, recogió su palabra y tornó, sereno y sonriente como siempre, al amable retiro de su modestísima vida? No lo sabemos, ni se sabrá tal vez nunca a punto fijo.

Hay quien asegura que el Presidente Santa María ensayó trazar ciertas normas generales de gobierno al señor Escobar en el futuro cargo, normas que a éste parecieron imposiciones, y que así lo habría declarado después el señor Escobar a alguno de sus amigos; hay también quien afirma que su retiro se habría debido a intrigas de grupo, ante las cuales el

dignísimo candidato se habría visto en la obligación moral de resignar un puesto que tan malos augurios presentaba.

Sea como se sea, el hecho es que la candidatura del señor Escobar fracasó por la sola voluntad del candidato.

Tres años más tarde era preconizado Arzobispo de Santiago el Illmo. y Rdmo. señor don Mariano Casanova.

¡Estaba escrito que el mismo que en buena lid le disputara veinticinco años antes los premios del Seminario, habría de ser también su involuntario rival en el más alto cargo de la Iglesia de Chile!

El señor Casanova fué un gran Arzobispo. Todo nos autoriza a creer que no lo habría sido menos el señor Escobar.

Tal es en sus principales rasgos la noble y simpática figura del eminente sacerdote y servidor público que, por su misma modestia tal vez, había quedado hasta hoy en las sombras del olvido. Que estas líneas, trazadas de ligero y por uno que no tuvo la dicha de conocerlo, sirvan de estímulo a alguno de los muchos que sintieron de cerca las palpitaciones de ese corazón inagotablemente generoso, a fin de que se le tribute un homenaje digno de él y de su obra, escribiendo sobre su vida un trabajo bien pensado, extenso, y, si es posible, completo.

La historia de los hombres buenos es el mejor espejo de las generaciones futuras.

Santiago, 25 de Septiembre de 1913.

